

que ese otro, su Joaquín, lloraba. Y jamás volvió a mostrar tristeza, alegría, orgullo, soberbia o nostalgia, de no ser porque algo de su Joaquín estuviera amando. Y fue en su amor y solo hasta que agonizaba, envadida por la indiferencia de su Joaquín, que ella pudo comprender, que finalmente María pudo comprender, cuanto, pero cuanto, el María había amado.

**Y** el reencuentro se dio, volvimos a andar de la mano, bajo la misma lluvia. Una vez más, ni mi noche, ni tu día, eran obstáculos para reír, cantar, bailar y jugar. Éramos tú y yo, y la ciudad nuestro patio, nuestra alcoba, o nuestra libertad.

Nuevamente tus besos eran mis besos y la circunstancial vida era tan solo el punto de encuentro entre dos amantes de amar, que no perdían, solo ganaban momentos para practicar su obcecada pasión: estrujar, exprimir, extraer, expropiar, estafarle a la vida su encanto mayor.

¿Te acuerdas...?, cuando sin pensarlo y por casualidad nos encontrábamos en nuestro lugar pactado, para juntos reírnos de nuestras lágrimas, y danzar al ritmo del primer instinto que asomara.



¿Te acuerdas...?, nuestras risas calentándole el corazón al invierno enfriado ya desde hace tanto, y... ¡qué tanto es eso!. ¿Te acuerdas...? La pieza, el bar, el motel, la farmacia, el correo y todos los cubiles declarantes de nuestras hazañas amoratorias. ¿Te acuerdas...? Tu sonrisa en medio de tu rostro, bajo tu mirada ansiosa por emprender la búsqueda de tu quimera, que por casualidad o por capricho también era la mía. ¿Te acuerdas...? Bueno, finalmente... el reencuentro se dio.

Pero despierto, y no quiero. Me niego a abrir los ojos, porque sé que no estás. Al menos esta, mi pequeña oscuridad, me permita disfrazar tu inminente ausencia y mi descarnada soledad. ¡Te quise tanto!, pensé, creí que podía ser cierto. ¿Por qué fantasía te burlas de mi incolora realidad?. Pero los abro... y no estás, no estás.

Pero estuviste, aunque sea una noche, aunque sea solo en el sueño, estuviste. Si ahora te buscara, te encontraría: con dos matrimonios, tres divorcios, cinco cargas, veinticinco cuentas, treinta y ocho depresiones, ciento seis cárceles, doscientos veinticinco suicidios. Pero yo, yo te rescaté... y recuperé: tu sonrisa en medio de tu rostro, bajo tu

mirada ansiosa por emprender la búsqueda de la vida,... y tú, en agradecimiento, me acabas de devolver el sueño de seguir acosando nuestra quimera.

El árbol triste decaía  
Viejas ramas que no resistían  
Un rayo de Sol lo despertó

Sobre él algo extraño ocurrió.  
Un pequeño pájaro en él anidó.